

protagonista

OPRA

EL TRUCO FINAL

La mujer más famosa (y rica) de la televisión es casi una desconocida en España. Ahora que Oprah Winfrey se retira de la primera línea mediática, su biografía no autorizada se publica en nuestro país, para descubrimos las luces y las sombras de este 'sueño americano'.

por ANGEL MARTOS

Winfrey, durante la gira de presentación de su nueva cadena OWN, en 2011.



Desaparecer. La más importante maga (una bruja para muchos) de la historia de la televisión, la mujer que emitía cinco días a la semana en 145 países, de Japón a Arabia Saudí o Sudáfrica; la presentadora de los 44 millones de espectadores sólo en Estados Unidos; la mujer negra que llevó a un hombre de su raza a la presidencia de su país; la mujer negra que había llevado a un blanco (George W. Bush) a la presidencia de su país; la estadounidense de color más rica de la historia, la reina gorda de lo pop, «el patrón oro del marketing»... dicen que ha dicho adiós. Ha sido la despedida de los santos, de quienes, al fin incorpóreos, logran convertir su nombre en *maison*. Y así como seguimos deseando a Chanel, a Porche, a Vuitton pese a no recordar un solo rasgo, una única vivencia, un maldito dato acerca de las personas que las nacieron, Oprah Gail Winfrey (Kosciusko, Misisipi, 29 de enero de 1954) aspira a la eternidad —comercial— mediante la disolución.

Pero ¿quién es Oprah? Y, sobre todo, ¿qué nos importa a los españoles? Protegidos/aislados por el idioma (en Suecia, *The Oprah Winfrey Show* ha sido uno de los programas más populares de la parrilla nacional), el influjo de la norteamericana nos ha alcanzado en forma de sucedáneo, tan lejos del profundo y negrísimo caviar, tan resultón y vistoso como las huvas de bacalao (de la pionera Encarna Sánchez a las obvias María Teresa Campos o Ana Rosa Quintana). De ella recordamos su entrevista a Michael Jackson, un hito televisivo planetario que en 1993 vieron 100 millones de personas; los 276 automóviles Pontiac que regaló a su público, el crucero por el Mediterráneo con 1.723 invitados, que partía en 2009 de Barcelona para celebrar su 55 cumpleaños; o la entrevista en que Tom Cruise declaraba histórico, saltando del suelo al sofá con sorprendente agilidad, su amor por Katie Holmes. Hay quien la honra por su interpretación de Sofía, una mujer maltratada, orgullosa, impulsiva y, a la postre, aplastada, en *El color púrpura* (1985), de Steven Spielberg. Y hasta quien conoce su entregada y controvertida labor solidaria en todo el mundo. Cuatro pobres datos sin pasado que una intensa biografía,

publicada en español por Ediciones Urano, viene a llenar de sentido, contraste y, Oprah me perdona, hasta de verdad. Kitty Kelley, su autora, tiene nombre de cantante *country*. Periodista y escritora, la biografía incisiva del personaje público («sin su cooperación y con independencia de su control», declara) es su especialidad, y las ha publicado de Jacqueline Kennedy Onassis, Elizabeth Taylor, Frank Sinatra o Nancy Reagan. Wikipedia asegura que su credibilidad «ha sido puesta en duda», por no verificar adecuadamente la información o sacar situaciones intencionadamente de contexto, hasta el punto de que la tacha de ser una pluma venenosa. Tal vez por

Es la increíble peripecia hacia la gloria de una pobre mujer de color, nacida de madre soltera en el Estado más racista de la Unión.

Oprah, en la granja de su abuela en Kosciusko (Misisipi), donde pasó su infancia.



esa razón, cuando empezó su último proyecto por el tejado, es decir, con la solicitud de una entrevista con Miss Winfrey, la negativa fue perpetua. Acostumbrada a la altura de la montaña, Kelley se arriesgó a bordearla en un viaje que duró cuatro años: «Decidí recoger todas las entrevistas que había concedido en los últimos 25 años a periódicos y revistas, radios y televisiones, en los EEUU y el Reino Unido, además de Canadá y Australia. Las archivé todas por nombres, fechas y temas, hasta un total de 2.732 archivos.

La información extraída, sumada a los cientos de entrevistas que hice a su familia, amigos, compañeros de escuela y de trabajo, proporcionaba un perfil psicológico que no podría haber conseguido de ninguna otra manera», asegura. ¿Y qué ha descubierto? «A una mujer extraordinaria,

enormemente complicada y contradictoria. A veces, generosa, magnánima y profundamente afectuosa. A veces, mezquina, de miras estrechas y egocéntrica. Ha hecho muchísimo bien, sin duda, pero también ha respaldado productos e ideas que no sólo son polémicos, sino que muchos consideran nocivos.» Todo y nada. Un dios... ¿tracundo? Sorprende la cantidad de personas que se negaron a prestar testimonio de su relación con Oprah, a favor o en contra, a causa del contrato de confidencialidad (que obliga a firmar a los trabajadores de su empresa y a los invitados a su programa) o por respeto a las consecuencias: «Es comprensible que

haya cierto miedo a hablar por parte de cualquiera que desee vender sus productos, incluyendo los periodistas que anhelan escribir libros que ella bendecirá».

Poco ha importado. Durante 431 páginas, la *no autorizada biografía* desmenuza con delirante profusión (excesiva, quizás, para el público español, que habría merecido una poda) la increíble peripecia de una pobre mujer de color, nacida de madre soltera en el estado más racista de la Unión, víctima de abusos sexuales en la adolescencia, madre a su vez de un hijo no deseado (que no sobrevivió); que se prostituyó y fue *miss*; que fracasó como presentadora de informativos y sufrió la adicción al crack; que recibió una nominación al Oscar y asistió a Comedores Compulsivos Anónimos. Allí la conoció Hilda Ford, ex secretaria de recursos humanos →

HITOS PARA LA 'OPRAHIFICACIÓN'

Para millones de mujeres, Oprah ha sido el camino por el que caminar durante los últimos 25 años, desde lo que confesar y sentir hasta lo que leer, beber o comer. Aquí, una somera guía.



El club de lectura

Huyó de la telebasura mediante la recomendación libresca, y sólo en su primer año sus libros vendieron 12 millones de ejemplares. Entre sus favoritos está *El secreto*, de Rhonda Byrne, un título de espiritualidad light.



Amar sin matrimonio «Es una institución tradicional y nuestra relación no lo es», ha dicho sobre su oposición a casarse con Stedman Graham. Una postura que le ha valido la condena de los líderes religiosos. «Él tiene su vida y su trabajo, y yo tengo la mía. No funcionaría.» La imagen la firma el reputado paparazzi Ron Galella.



'O'

The Oprah Magazine está considerada la empresa de más éxito en la historia de las revistas. Nació en 2000 y, en menos de un año, alcanzaba unas ventas de 2.5 millones de ejemplares. La presentadora es siempre su portada.



Su color favorito

«Cuando hablen de grandes estrellas, tendrán que decir mi nombre. 'Meryl... Oprah'. 'Hepburn... Oprah'. Eso es lo que quiero. Yo soy actriz.» Su debut, en *El color púrpura*, de la mano de Steven Spielberg y con nominación al Oscar incluida, fue batida en los premios por, irónicamente, *Memorias de África*.



Vidas paralelas Sesión de fotos con Michael Jackson, para la entrevista de 1993. Winfrey sólo se comprometió a no preguntarle si era gay. Ambos afroamericanos, ambos víctimas de abusos, adoraron a Diana Ross, construyeron su reino en la tierra (él, Neverland, ella The Promise Land) y se convirtieron en mitos de la cultura popular.

Lujo y patatas

Con más de mil millones de dólares de patrimonio, Winfrey puede desfilarse en champán. Su marca preferida es Cristal (239 €, en El Corte Inglés). En contraste, su comida favorita son las patatas.



Oprah, ¿lesbiana?

«Entiendo por qué la gente cree que somos lesbianas», decía Oprah de su intensa relación con Gayle King. «En nuestra cultura no hay una definición para esta clase de vínculo entre mujeres. ¿Cómo se puede estar tan unidas, sin que sea algo sexual? ¿De qué otra manera se puede explicar un nivel de intimidad en el que alguien siempre te quiere, siempre te respeta, te admira?»





Con Nelson Mandela, uno de sus ídolos, en 2000.

De izquierda a derecha: Oprah Winfrey, Michelle Obama y Barack Obama en un momento de la ceremonia de entrega de los premios de la televisión de 2009.

«Éramos tan pobres que no podíamos permitirnos un perro o un gato, así que convertí a dos cucarachas en mis mascotas [...] las llamé Melinda y Sandy.» *Oprah Winfrey*

del estado de Maryland, según recoge Kelley: «Las dos éramos mujeres negras y gordas y, en aquel entonces, ambas forasteras en Baltimore. [...] Asistíamos a las reuniones de CCA, hacíamos ejercicio en el gimnasio juntas y, luego, íbamos a la charcutería favorita de Oprah... y, pueden creérselo, nos atracábamos de pollo frito». La referencia no es baladí: la presentadora obtuvo algunos de sus mayores éxitos de audiencia gracias a sus cacareados altibajos *basculares*: «He perdido 30 kilos», anunciaba el 15 de noviembre de 1988. Luego, apareció tirando de un carrito cargado con 30 k de grasa animal. «¿No es un asco? No me creo que no pueda levantarlo, cuando antes lo llevaba a cuestas todo el día.» El programa se convirtió en uno de los más visto de su carrera y le enseñó el camino: durante tres lustros, Oprah se dedicó, precisamente, a convertir la grasa social —lo que no nos gusta, lo que queremos ocultar, aquello que haríamos desaparecer, lo que nos impide volar— en oro. Aquí lo llamamos *teletasura*. Pero como la ecología sabe, cualquier desecho tiene un valor, y como el cristianismo propone (ella se crió en la iglesia baptista), toda confesión es una oportunidad para la redención.

Oprah Winfrey, también conocida como O, debutó en televisión en Nashville (Tennessee) en enero de 1974, con un contrato de 150 dólares a la semana; tres décadas más tarde sería la afroamericana

más rica de EEUU. Provenía de la radio, en la que había entrado a los 17 años gracias a las leyes de discriminación positiva. Su nombre surgió fruto del equívoco: iban a bautizarla Orpah (del Antiguo Testamento), pero la comadrona se equivocó en el registro. A la vez, su padre, Vernon Winfrey, en realidad no lo era (aunque ejerció como tal). Las dos palabras que componen una de las marcas televisivas más conocidas del mundo se asientan así sobre el error y la falsedad: también buena parte de la memoria de la presentadora.

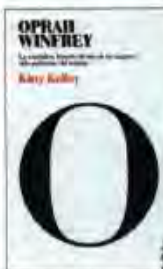
«El único juguete que tenía era una muñeca hecha con una mazorca de maíz seca y mandadientes.» Sin embargo, como recuerda su prima Katharine, vivían en una casa modesta, sí, más de seis dormitorios y un comedor «lleno de preciosos muebles Chippendale». Y si de los años que vivió con su madre, Vernita Lee, contaba: «Éramos tan pobres que no podíamos permitirnos un perro o un gato, así que convertí a dos cucarachas en mis mascotas [...] las llamé Melinda y Sandy», su hermana Patricia replicaba: «Claro que no éramos ricos. Pero Oprah exageró lo mal que lo pasábamos... Nunca tuvo cucarachas como mascotas. Siempre tuvo un perro. También un gato blanco, una anguila en un acuario y un periquito llamado *Bo-Beep* al que trató de enseñar a hablar». «Oprah tiende a fantasear un poco», justificaba su madre. Katharine,

molesta, le preguntó por qué mentía, y su famosa prima argumentó: «Es lo que quieren oír. La verdad es aburrida. La gente no quiere que la aburran. Quiere historias dramáticas». «En Oprah nada es espontáneo», recogía Kelley en 2007 de un ex empleado, que se atrevía a romper el silencio a cambio del más estricto anonimato. «En una ocasión me dijo que cada lágrima vale medio punto en los índices de audiencia, y ella puede llorar cuando le da la gana». Para muestra, un *botonazo*: el 5 de diciembre de 1985, de cara al estreno de *El color púrpura*, que contaba la lucha de las mujeres contra la violencia machista y el racismo, Oprah convenció a los productores para emitir un programa sobre los abusos sexuales. Durante el espacio, en el que las invitadas exponían con dificultad y vergüenza sus terribles experiencias, O confesó: «Abusaron de mí desde los nueve hasta los 14 años». «Nadie lo comprendió en aquel momento», señala Kelly, «pero el espacio le dio relevancia nacional. [...] En tanto que alguien que había sufrido, sobrevivido y compartido su dolor, se transformó en una inspiración para las víctimas que se sentían derrotadas por la adversidad.» Años más tarde, en 1993, la Administración Clinton firmaba la Ley Nacional de Protección a la Infancia, conocida familiarmente como... *Ley Oprah*. Pese a las evidencias, su familia nunca aceptó su verdad y, con el tiempo, la presentadora los sustituyó: «En lugar de su madre, que vivía de la asistencia social, con tres hijos ilegítimos, eligió a la célebre poeta y escritora [Maya Angelou]. Quincy Jones ocupaba el papel del muy querido tío. [Su amiga] Gayle King era la amantísima hermana que sustituía a Patricia Lee,



EL PARTIDO DE OPRAH

La presentadora del *talk show* más visto de la televisión mundial siempre se negó a entrar en la arena política, pese a su amistad con la familia Kennedy, a través de Maria Shriver (ex de Arnold Schwarzenegger), y sus preferencias demócratas: en el aborto, a favor del derecho de la mujer a decidir, y en contra de la pena de muerte y las armas. Pero prefería cambiar la realidad a través de sus proyectos filantrópicos, a los que ha donado cientos de millones de dólares. Finalmente, en 2000 entrevistó a los candidatos Al Gore y George W. Bush, lo que impulsó a este último en la igualada carrera electoral, por un efecto simple de telegenia. Tras el 11-S, apostó por la existencia de armas de destrucción masiva en el debate previo a la declaración de la guerra a Irak, en un programa que recibió hasta la protesta del órgano regulatorio sueco (país donde también se emitía) por su parcialidad. Con la emergencia de Barack Obama, asumió que su tarea era «hacer o facilitar que personas que quizá no supieran quién era, lo conocieran. Quería que fuera elegido, y creo que lo conseguí», ha afirmado.



Biografía no autorizada de Oprah Winfrey, publicada por Editorial Urano (edicionesurano.com)

la adicta a las drogas, y al parecer John Travolta reemplazaba a su hermano, Jeffrey Lee, que había muerto de sida. Incluso Vernon Winfrey había sido suplantado [por Sidney Potier]. Una nómina de estrellas a la altura de su brillo, muchos provenientes de la aristocracia afroamericana que en su niñez le sirvió de ejemplo y guía. Recordaba cómo vio en televisión la llegada de Potier, en 1964, a la ceremonia de los Oscar (ganó por *Los lirios del valle*): «Era la primera vez que veía a un negro bajarse de una limusina, en lugar de conducirla. [...] Pensé: 'Si un hombre de color puede hacer eso, qué puedo hacer yo'». Dejó de querer «ser blanca a los 10 años», ante una actuación de Diana Ross y las Supremes en la que la diva *disco* llevaba «diamantes que eran de verdad».

Riqueza y fama fueron desde el más tierno origen sus mayores motivaciones. Años después, con ambas conseguidas, daba una desencantada (y escatológica) lección, durante la ceremonia de graduación de la hija de su amiga Gayle: «Hoy parece que todo el mundo quiere ser famoso. Pero la fama es un viaje. La gente te sigue hasta el baño; escuchan como haces pipí. Procuras hacer pipí sin hacer ruido. No importa. Van y dicen: 'Oh, Dios

mío, eres tú. Has hecho pipí'. Ese es el viaje a la fama, no sé si es lo que queréis». Un lenguaje que, antes que *underground* suena *in the sky*, desde el altar en el que la audiencia la había colocado. Desde 1994, los programas de Oprah sobre nudistas, estrellas porno y prostitutas empezaron a competir con «programas que elevan el espíritu», sobre Dios, sobre dar y regalar. «Algunas personas dijeron que era el principio de *Santa Oprah*; otras lo vieron como *el alba de la diva*», subraya Kelley. «En sus primeros y entusiastas días, cuando el público se iba, ella estrechaba la mano de todos, los abrazaba, les daba autógrafos y se hacía fotos con ellos. Ahora estimaba que esa interacción personal era malgastar su tiempo y su energía, y ya no se permitían fotografías porque consideraba que su imagen era su marca.» Y como cualquier divinidad, precisaba de su tierra prometida, *The Promised Land*, su residencia principal (64 millones de dólares) en Montecito, California, a donde viaja los fines de semana desde Chicago en su jet (44 millones de dólares): «El camino de entrada tiene ocho kilómetros y cada piedra fue cortada a mano», le contó a Kelley una invitada a una de sus opulentas fiestas. «Su bañera es una pieza entera de jade [...]. El vestidor mide 280 m², con 1.000 cajones».

Cuando en un vuelo de vuelta de África, de una de sus misiones filantrópicas, una amiga le preguntó si no se sentía culpable de tener tanto, Oprah contestó: «En absoluto. No veo cómo podría ayudarlos si yo no tuviera nada». «Tengo montones de cosas, como todos esos Manolo Blahnik, y creo que es genial. No soy de esos que dicen: 'Bueno, debemos renunciar a

nosotros mismos'. No. Yo tengo un armario lleno de zapatos y es algo bueno.» Pero los tiempos cambian y el paso de la televisión analógica a la digital ha empezado a erosionar su dominio. En la cincuentena, y tras un cuarto de siglo como líder de audiencia, en el año en que Lady Gaga la ha desbancado del *top celebrity* de la revista *Forbes*, Oprah no quiere ser una Norma Desmond (*El crepúsculo de los dioses*) anclada en la nostalgia por la atención perdida. De hecho, *O* ha tenido un *sueño* —parafraseando al reverendo Martín Luther King—: disolverse como presentadora para precipitarse en forma de cadena de televisión: la OCN (Oprah Winfrey Network; también *lo propio* o, más justamente, *lo suyo*). En su último programa en la CBS apareció sola, preparada para *morir* en la tele en abierto y renacer como canal de pago. Ha abandonado Chicago por las hollywoodenses colinas de Los Ángeles, y renuncia a ser came para convertirse, definitivamente, en marca, en espíritu. La dieta final. **X**



En 1972, coronada como Miss Tennessee Negra. A la derecha, la escultura *El santólogo* de Oprah, de Daniel Edwards.



La bañera de su residencia principal «es una pieza entera de jade»; «su vestidor mide 280 m² y tiene 1.000 cajones».